

Juan Crisóstomo

SOBRE LA ASCENSIÓN

I

Así como cuando hacíamos conmemoración de la cruz celebramos fuera de la ciudad aquella fiesta, así ahora, en este día tan ilustre y esplendoroso en que solemnizamos la ascensión del crucificado, celebramos también esta fiesta fuera de la ciudad. Y esto lo hacemos, no con el ánimo de deshonar a la ciudad, sino con el deseo de honrar a los mártires. Porque de otra suerte, pudieran estos santos mártires quejarse de nosotros, y decir: “¿No éramos dignos, como vosotros, de ver celebrarse en nuestras mansiones una fiesta a nuestro común Señor?” Y pudieran quejarse todavía más, y añadir: “Conque derramamos por él nuestra sangre y merecimos que se nos cortaran las cabezas, y ¿no hemos merecido ver celebrado su día en nuestros recintos?” He aquí, por qué, dejada la ciudad, hemos venido presurosos a los pies de estos santos, valiéndonos de la presente festividad, para excusarnos delante de ellos aun del tiempo pasado. Porque si aun antes de ahora era razonable que acudiésemos a estos generosos atletas de la virtud cuando yacían en el suelo, mucho más lo debemos hacer ahora, cuando vemos separadas las margaritas, cuando están las ovejas libres de los lobos, cuando se han apartado los vivos de los muertos. Ellos, cierto, ni aun antes recibían ningún daño de esta confusión y mezcla de sepultura; que estando sus almas en el cielo, nada perdían sus cuerpos por esta cercanía; estando su espíritu en las manos de Dios, no sufrían detrimento sus reliquias, por el sitio en que se guardaban. A ellos, por consiguiente, ningún daño se les seguía antes de ahora; pero, en cambio, al pueblo se le seguía muy grande daño cuando corría a ver las reliquias de los mártires, pero hacía sus preces con duda y temor de engañarse, por no conocer sus sepulturas y el lugar donde estaban escondidos los verdaderos tesoros. Y sucedía lo mismo que si unos rebaños de ovejas, dirigidos adonde pudieran gozar de las limpias corrientes de un arroyo, llegaran a los puros manantiales, pero se vieran obligados a volverse atrás por el pestilente hedor que de cerca saliese. Caminaba el pueblo hacia las puras fuentes de los mártires, pero al sentir el hedor de la herejía, que salía de cerca, se

veía obligado a retroceder. Viéndolo, pues, este sabio pastor y común maestro, que todo lo ordena para edificación de la Iglesia, no consintió que se mirara con indiferencia por más tiempo tan grave daño, siendo como es tan ardiente amador e imitador de los mártires. Y ¿qué hizo? Ved su prudencia. Cerró y obstruyó, para que ya no corrieran más, las turbias y fétidas corrientes de la herejía, y en cambio colocó en lugar decente y limpio los puros manantiales de los mártires. Y ved cuánta humanidad mostró para con los difuntos, cuánta reverencia para con los mártires, cuánta solicitud para con el pueblo: humanidad para con los difuntos, no removiendo sus huesos, sino dejándoles permanecer en su sitio; reverencia con los mártires, apartándolos de la cercanía de los malos; solicitud para con el pueblo, no permitiendo que hiciera sus oraciones con duda y ambigüedad.

II

Por eso os hemos traído aquí, para que fuera más brillante la concurrencia, más grandioso el espectáculo, reuniéndose aquí, no sólo hombres, sino también mártires, y no sólo mártires, sino también ángeles; porque también ángeles asisten aquí; concurrencia de ángeles y de mártires tenemos este día; y si ángeles y mártires quieres ver, abre los ojos de la fe y verás este espectáculo. Porque si todo el aire está lleno de ángeles, mucho más la iglesia, y si lo está la iglesia, mucho más este día, cuando el Señor de ellos sube al cielo. Y porque veas que todo el aire está lleno de ángeles, oye lo que dice el Apóstol, exhortando a las mujeres a que tengan un velo en la cabeza: *Deben las mujeres tener un velo en la cabeza en atención a los ángeles* (1 Cor. 11, 10).

Y en otra parte Jacob: *El ángel que me libró desde mi juventud* (Gen. 48, 16). Y los que vivían en una casa con los apóstoles decían a Rodes: *Es su ángel* (el de San Pedro) (Hech. 12, 15); y de nuevo Jacob: *Vi, dice, un escuadrón de ángeles* (Gen. 32, 2). ¿Y por qué vio que había en la tierra un escuadrón y tropa de ángeles? Así como un rey manda que se establezcan en cada una de las ciudades sus refuerzos militares, no sea que, echándose encima una guerra extranjera, las recorra haciendo estragos, así también Dios, a los fieros y crueles demonios que andan por el aire y, como enemigos de la paz, continuamente están suscitando guerras, les puso enfrente los escuadrones de los ángeles, para que, con sólo presentárseles delante, los reprimie-

sen, y así nos proporcionaran a nosotros paz continua y duradera. Y porque entiendas que son ángeles de paz, oye como los diáconos dicen siempre en las oraciones: *Rogad al ángel de paz*. ¿Ves cómo están presentes los ángeles y los mártires? Por consiguiente, ¿qué mayor desdicha que la de cuantos hoy no han venido? ¿Qué mayor felicidad que la de todos nosotros que estamos presentes y disfrutamos de semejante festividad? Pero al tratar de los ángeles dejémoslo para otras ocasiones; hablemos ahora sobre el asunto de la fiesta presente.

III

Y ¿cuál es la festividad de este día? Venerable y grande, amado hijo, y tal que sobrepuja al entendimiento humano, y es digna de la munificencia de Dios, que la hizo. Porque hoy se entablaron las paces de Dios con la naturaleza humana; hoy desapareció la enemistad temporal y se deshizo la guerra tan prolongada; hoy nos volvió una paz maravillosa, nunca jamás esperada antes de ahora. Porque, ¿quién había de esperar que se había Dios de reconciliar con el hombre? No por ser inhumano el Señor, sino por ser perezoso el esclavo; no por ser áspero el Dueño sino por ser ingrato el siervo.

¿Quieres aprender cómo habíamos irritado a nuestro benigno, nuestro amoroso Señor? Justo es que entiendas el fundamento de nuestra primera enemistad, para que al vernos honrados siendo adversarios y enemigos formales, te admires de la benignidad de quien así nos honró, para que no creas que tal mudanza procedió de nuestras propias buenas obras, y para que, fijándote en el exceso de su don, no ceses de darle continuamente las gracias por la grandeza de sus beneficios.

¿Quieres, pues, ver cómo habíamos irritado a nuestro Señor, el amador de los hombres, al benigno, al bueno, al que todo lo endereza a nuestra salvación? Deliberó en otro tiempo sobre el completo exterminio de nuestro linaje, y de tal manera se airó contra nosotros, que trató de destruirnos a todos sin dejar nada: mujeres, niños, fieras, bestias y toda la tierra. Y si quieres, yo haré que oigas la sentencia misma: *Borraré, dijo, de la faz de la tierra al hombre a quien crié, y también las fieras y las bestias, porque me he arrepentido de haber hecho al hombre* (Gen. 6, 7). Y para que veas que no aborrecía nuestra naturaleza, sino que aborrecía la maldad; quien dijo: *Borraré*

de la faz de la tierra al hombre a quién crié, dice al hombre: *LLegado es delante de mí el tiempo (fin) de todo hombre* (Gen. 6, 52). Porque si aborreciera al hombre, no hubiera hablado con el hombre. Mas ahora ves que ni quiere hacer lo que amenazó hacer, sino que, siendo Señor, excusa a su esclavo y habla con él como con un amigo de igual dignidad, y le dice las causas de la futura destrucción, no para que el hombre las sepa, sino para que, diciéndoselas a los otros, los haga más prevenidos. Pero, como decía, tan mal obraba antes nuestro linaje, que corría peligro aun de ser exterminado de la tierra. Mas nosotros, que aun de la tierra aparecimos indignos, hoy hemos sido elevados hasta el cielo; los que ni del mando de la tierra éramos dignos, hemos subido al reino celeste, hemos traspasado los cielos, hemos llegado al mismo trono real, y la naturaleza por la cual guardaban los querubines el paraíso, se asiente este día más arriba que los mismos querubines.

IV

Pero y ¿cómo sucedió cosa tan admirable y grande? ¿Cómo nosotros, los que habíamos ofendido a Dios, los que nos hicimos indignos de la tierra y caímos del principado terreno, fuimos elevados a tan grande altura? ¿Cómo se deshizo la guerra? ¿Cómo desapareció la ira? ¿Cómo? Porque lo admirable es que no se hizo la paz acudiendo a Dios los que injustamente la aborrecían, sino invitándonos el mismo que justamente estaba airado con nosotros. *En lugar de Cristo*, dice San Pablo, *traemos su embajada, como invitándoos Dios por nosotros* (2 Cor. 5, 20). ¿Cómo así? ¿El fue injuriado y él nos invita al perdón?

Sí, porque es Dios, y por esto nos incita como padre piadoso. Y mira lo que sucede. Hace de medianero el Hijo mismo del que nos incita al perdón, y no un hombre, ni un ángel, ni un arcángel, ni ninguno de los esclavos. Y ¿qué hace tal medianero? Lo propio de un medianero. Pues así como cuando se separan dos mutuamente y no quieren reconciliarse, llegando un tercero que se ponga en medio de los dos, deshace la enemistad de entrambos, así también cuanto estaba airado Dios contra nosotros, y nosotros separados de nuestro Dios, de nuestro benigno Señor, poniéndose Cristo en medio, reconcilió entrambas naturalezas. ¿Y cómo se puso en medio? Recibió en sí mismo el suplicio que nosotros debíamos recibir de su Padre, y sufrió tanto el castigo del cielo como las afrentas de la tierra. ¿Quieres ver cómo entram-

bas cosas las recibió en sí? *Cristo*, dice, *nos redimió de la maldición de la ley hecho por nosotros maldición* (Gal. 3, 13). ¿Ves cómo recibió el castigo que venía del cielo? Mira ahora cómo sufrió las injurias que le venían de la tierra: *Las afrentas de los que te afrentaban*, dice, *cayeron sobre mi* (Sal. 68, 10). ¿No has visto cómo deshizo la enemistad? ¿No has visto cómo no desistió de hacer y padecer y removerlo todo, hasta que redujo a Dios y aun convirtió en amigo al adversario y enemigo declarado?

De todos estos bienes nos fue causa el día de hoy, porque restituyó el Señor nuestra naturaleza como quien escogía las primicias de ella. Y así como en los campos espigados, si uno cogiendo unas pocas espigas y haciendo un pequeño manojito se lo ofrece a Dios, por aquello poco hace que bendiga Dios a toda la heredad, así también Cristo, por aquella su carne y sus primicias hizo que fuera bendecido todo nuestro linaje. Pero ¿por qué no ofreció toda la naturaleza? La razón es que ya no son primicias si se ofrece todo, sino solamente si ofreciendo un poco, se hace que por aquello poco obtenga bendición todo el conjunto. Pero dirás: “Si de primicias se trataba, convenía que fuera ofrecido el mismo primer hombre que fue criado; porque primicias son lo primero que brota, lo primero que germina”. No son primicias, amado oyente, la ofrenda del primer fruto raquíutico y miserable, sino la del primer fruto bueno. Y como aquel primer fruto estaba sujeto al pecado, por eso no fue ofrecido, aunque fuese el primero, sino que fue ofrecido este por ser libre de pecado, aunque fuera posterior al primero, porque esto quiere decir primicias.

Y para que veas que no son las primicias del primer fruto que germina, sino el fruto sazonado, generoso y que ha llegado a la conveniente lozanía, te aduciré un testimonio sacado de las mismas Escrituras. Dice Moisés al pueblo: *Si entrases en la tierra de promisión que tu Señor y Dios te concede, y plantares en ella cualquier árbol que produzca fruto comestible, en tres años no (limpiarás) recogerás su fruto; pero el cuarto año su fruto será consagrado al Señor* (Lev. 19, 23-24). Ahora bien; si las primicias fueran lo primero que produjese, convendría que se diera al Señor el fruto del primer año; mas aquí dice: *En tres años no (limpiarás) recogerás su fruto*, sino que lo dejarás, porque está el árbol raquíutico, porque está débil, porque su fruto es prematuro; pero el del cuarto año, dice, será consagrado al Señor. Y mira la sabiduría del legislador: ni permitió que se comiera aquel fruto, para que nadie antes que Dios lo recibiera, ni mandó que

fuera ofrecido, para que no fuera presentado poco maduro ante Dios. Sino que, por una parte, dice: “déjalo”, por ser el primer fruto, y por otra, añade: “mas no lo ofrezcas”, por ser indigno de la grandeza de aquel que lo recibe. ¿Ves cómo no lo primero que brota, sino lo bueno, es lo que se llama primicia? Y esto lo he dicho, atendiendo a la carne que ofreció Cristo.

V

Ofreció pues, al Padre, las primicias de nuestra naturaleza; y de tal manera se admiró de la ofrenda el Padre, ya por la dignidad del que la ofrecía, ya por la pureza inmaculada de la misma ofrenda, que la recibió en sus propias manos, y la colocó junto a sí, y dijo: *Siéntate a mi diestra* (Sal. 109, 1). ¿A qué naturaleza dijo Dios: *Siéntate a mi diestra*? A la misma que oyó: *Tierra eres y en tierra te convertirás* (Gen. 3, 19). ¿Pues qué? ¿No bastaba traspasar los cielos? ¿no bastaba detenerse con los ángeles? ¿No era inefable también este honor? Pero sobrepujó a los ángeles, dejó atrás a los arcángeles, superó a los querubines, pasó más arriba que los serafines; avanzó más allá que los principados, y no se detuvo un punto hasta sentarse en el mismo trono del Señor. ¿No ves el espacio intermedio que hay desde la tierra hasta el cielo? pero empecemos desde más abajo: ¿no ves cuánta distancia hay desde el infierno a la tierra? ¿cuánta a su vez desde la tierra hasta el cielo? ¿y cuánta a su vez desde el cielo hasta el cielo más elevado? ¿y cuánta desde este a los ángeles, a los arcángeles, a las supremas potestades, al mismo trono real? Pues toda esta distancia y altura hizo que subiese nuestra naturaleza. Mira cuán abajo yacía, y cuán arriba se remontó. Ni se podía bajar más de lo que bajó el hombre, ni subir más de lo que Cristo le elevó. Esto es lo que nos demostraba San Pablo, al decir: *El que bajó ese mismo subió*. Y ¿adónde bajó? *A las partes más bajas de la tierra* (Ef. 4, 10); y subió más arriba que todos los cielos.

VI

Mira quién subió, qué naturaleza, y cómo estaba antes de subir; pues gustoso me detengo en la vileza de nuestro linaje, para deducir y saborear el honor que recibimos de parte de la benignidad del Señor. Tierra y ceniza éramos nosotros; pero en esto no hay todavía culpa,

pues era miseria de la misma naturaleza. Nos hicimos más insensatos que los irracionales: *Porque fue comparado el hombre a las bestias irracionales y se hizo semejante a ellas* (Sal. 48, 21). Y el hacerse semejantes a los irracionales es para el hombre hacerse peor que un irracional. Pues el ser naturalmente irracional y permanecer en tal estado, es propio de la naturaleza; pero que los dotados de razón caigan en la insensatez de los irracionales, es culpa de la voluntad. De manera, que cuando oigas que se hizo semejante a los irracionales, no creas que te dijo eso porque quisiera mostrar a los hombres iguales, sino todavía peores que los irracionales. Peores, en efecto, y más insensatos que irracionales nos hicimos, no porque siendo hombres caímos en tal bajeza, sino porque los dejamos atrás con nuestra ingratitud. Esto demostraba Isaías cuando decía: *Conoció el buey a su dueño, y el asno el pesebre de su Señor; mas Israel no me conoció* (Is. 1, 3). Con todo, no nos avergoncemos de lo anterior, porque *donde abundó el delito, abundó con exceso la gracia* (Rom. 5, 20). ¿Has visto cómo éramos más irracionales que las bestias? ¿quieres ver todavía cómo éramos más irracionales que las aves? *La tórtola y la golondrina y los pájaros del campo conocieron el tiempo de su inmigración; pero mi pueblo no conoció mis juicios* (Jer. 8, 7). Hemos aquí más irracionales que los asnos y los bueyes, más que las aves, más que la tórtola y la golondrina. ¿Quieres ver otra insensatez nuestra? Nos hace discípulos de las hormigas; hasta tal punto perdimos el sentido de nuestra naturaleza; porque ve, dice, *a la hormiga, e imita sus caminos* (Prov. 6, 6). De las hormigas llegamos a ser discípulos los que fuimos hechos a la imagen de Dios; mas no fue la causa quien nos hizo, mas nosotros, que no conservamos su imagen. Y ¿qué digo a las hormigas? a las piedras vencimos en insensatez. ¿Quieres que también para esto te aduzca un testimonio? *Oídlo, dice Miqueas, valles y cimientos de la tierra; porque el Señor va a juzgar a su pueblo* (Miq. 6, 2). ¿Juzgas a los hombres y apelas a los cimientos de la tierra? Sí, dice, porque más insensibles son los hombres que los cimientos de la tierra. Pues, ¿qué colmo de maldad buscas todavía, una vez que aparecemos más insensatos que las bestias de carga, más irracionales que los bueyes, más ingratos que la golondrina y la tórtola, más insipientes que las hormigas, más insensibles que las piedras e iguales a las serpientes? Porque *su furor, dice* (Sal. 57, 5), *es a la manera del de la serpiente. Veneno de áspides bajo sus labios* (Sal. 13, 3 y 139, 4). Y ¿qué necesidad hay de aducir la insensatez de los irracionales. siendo así que hasta se nos llama hijos del mismo demonio? Porque *vosotros, dice, sois hijos del demonio* (Jn. 8,14).

Y sin embargo, nosotros los insensibles e ingratos, los faltos de razón, los más duros que las piedras, los inferiores a todos, los deshonrados, los en extremo viles... ¿cómo lo diré ? ¿qué hablaré? ¿cómo pronunciaré estas palabras? la naturaleza abyecta, la más insensata de todas, ha llegado a ser hoy la más encumbrada de todas.

Hoy han obtenido los ángeles lo que hace mucho tiempo codiciaban. Hoy han visto los arcángeles lo que hace mucho tiempo ansiaban ver, nuestra naturaleza resplandeciendo desde el trono real, rodeada de inmortal gloria y hermosura. Si, esto deseaban desde hace tiempo los ángeles; esto codiciaban desde hace tiempo los arcángeles. Porque aun cuando eran ellos sobrepujados en gloria, con todo, se regocijaban en nuestros bienes; así como al revés, cuando fuimos castigados se entristecían; y por esta razón aun cuando guardaban el paraíso los querubines, mostraban tristeza. Y así como un siervo que prende a un consiervo le custodia, sí, por el precepto de su señor, pero se entristece de lo acaecido, por la compasión que tiene a su consiervo, así también los querubines, aunque tomaron a su cargo el custodiar el paraíso, pero se entristecían de tenerlo que custodiar. Y para que te persuadas que se entristecían, voy a hacértelo ver por lo que sucede en los hombres. Porque al ver que los hombres se compadecen de sus consiervos, no dudes ya tratándose de los querubines; pues mucho más benignas que los hombres son aquellas potestades. Ahora bien; ¿quién de los justos no se entristeció cuando eran castigados los hombres justamente y después de muchos pecados? Maravilloso es que viendo los pecados de los hombres y que habían ofendido a Dios, sin embargo se entristecían; por ejemplo, Moisés después de la idolatría de los Israelitas: por eso decía: *Si les perdonas esta culpa, perdónasela; pero si no, bórrame también a mí del libro que escribiste* (Ex. 32, 31-32). ¿Cómo así? ¿Ves la impiedad, y te dueles de los que son castigados por ella? Por eso precisamente, dice, me entristezco, porque son castigados y porque dan justos motivos de castigo. Y Ezequiel, viendo al ángel que hería al pueblo, alzó poderosamente la voz, y con gemidos dijo: *¡Ay de mi Señor, porque aniquilas los restos de Israel* (Ez. 9, 8) Y Jeremías dice: *Amaéstramos, Señor, mas en juicio y no en ira, para que no nos hagas los menos numerosos* (Jer. 10, 24). De manera que se entristecen Moisés y Ezequiel y Jeremías, y ¿no iban a sentir nada nuestras desgracias aquellas celestes potestades? ¿Y

cómo pudiera esto parecer razonable? En cambio, porque juzgan como propias nuestras cosas, mira cuánta alegría mostraron cuando vieron al Señor reconciliado con nosotros. Y cierto, si no se hubieran entristecido antes, tampoco se hubieran alegrado después. Y que se alegraron, es cosa manifiesta por lo que dice Cristo: *Habrá alegría en el cielo por un pecado que se convierta* (Jn. 15, 7). Y si viendo a un pecador convertido se regocijan los ángeles, al ver hoy elevada al cielo nuestra naturaleza en sus primicias, ¿cómo no habían de experimentar extremado regocijo?

Oye, pues, ahora otro argumento distinto de la alegría de los habitantes del cielo por nuestra reconciliación. Cuando nuestro Señor nació según la carne, viendo que ya se había reconciliado con los hombres (pues de no haberse reconciliado, no hubiera bajado hasta tal término); ordenados en coros por la tierra clamaban y decían: *Gloria a Dios en las alturas, y paz en la tierra, en los hombres de buena voluntad* (Lc. 2, 14). Y porque veas que glorifican a Dios porque alcanzó los bienes la tierra, añadieron la causa diciendo: “paz en la tierra, buena voluntad en los hombres”, en los mismos que hasta ahora estaban abiertamente en guerra, en los desconocidos e ingratos. ¿Ves cómo glorifican a Dios por los bienes ajenos? o mejor diré, propios, porque nuestros bienes los tienen también por suyos. ¿Quieres también ver cómo cuando iban a ver a Cristo subir al cielo, se alegraban y regocijaban? Oye lo que dice Cristo; que subían y bajaban continuamente. Y esto es propio de quien desea ver algún maravilloso espectáculo. ¿Y por dónde consta que subían y bajaban? Oye cómo él mismo nos dice: *Presto veréis los cielos y a los ángeles de Dios subiendo y bajando por el Hijo del hombre* (Jn. 1, 51). Esto es propio de los que aman, que ni siquiera esperan la ocasión, sino que con la alegría se anticipan al tiempo. Por esto bajan, apresurándose por ver aquel nuevo y maravilloso espectáculo, ¡un hombre que se presenta en el cielo! por esto en todas partes aparecen ángeles, ángeles cuando nacía, cuando resucitaba, y hoy cuando se remontó a los cielos. *He aquí*, dice, *que aparecieron dos (ángeles) con vestiduras blanca*, mostrando en el ropaje su alegría; y dijeron a los discípulos: *Varones de Galilea, ¿a qué estáis parados aquí? Este Jesús que de entre vosotros ha subido al cielo, vendrá de la misma manera que le habéis visto subir al cielo* (Hech. 1, 10-11).

VIII

Aquí atendedme con diligencia. ¿Por qué razón dicen esto? ¿Acaso no tenían ojo los discípulos? ¿Acaso no estaban viendo lo que sucedía? ¿No dijo el Evangelista, que se elevó viéndolo ellos? ¿Pues por qué razón se ponen los ángeles a enseñarles que ha subido al cielo? Por estas dos razones: la una porque tenían continuamente tristeza por la separación de Cristo. Y que tenían tristeza, es claro; oye, si no, cómo les dijo: *Ninguno de entre vosotros me pregunta: ¿adónde vas? sino que porque he dicho estas cosas, se han llenado vuestros corazones de tristeza* (Jn. 16, 5-6). Y en efecto; si no podemos sufrir el separarnos de los amigos y parientes; los discípulos, que veían apartarse de ellos a su Salvador, su Maestro, su tutela, al amador de los hombres, al manso, al bueno, ¿cómo no se habían de entristecer? ¿cómo no se habían de angustiar? Por esto se puso el ángel a consolarlos de la tristeza de la subida al cielo con la promesa de la nueva venida. Porque *Este Jesús, dice, que de entre vosotros se ha elevado al cielo, volverá de la misma manera*. ¿Os habéis entristecido, dice, porque ha subido? No tengáis ya más tristeza; porque ha de venir de nuevo. Para que no hicieran lo que hizo Eliseo, que al ver que era arrebatado su maestro, rasgó la túnica (pues no veía presente a nadie que le dijera que había de volver de nuevo Elías) para que no hicieran lo mismo los apóstoles, se les presentan los ángeles consolándolos de su tristeza.

Y esta fue la primera causa de la presencia de los ángeles: la segunda no es inferior; y refiriéndose a ella, añadió la cláusula: *el que se ha elevado*. Y ¿cuál es esta causa? Que se elevó al cielo. Grande era la distancia, y no era dado a la capacidad de nuestra mirada el ver a un hombre elevarse hasta el cielo. Sino que así como cuando una ave vuela a lo alto, cuanto a mayor altura se remonta, tanto más se esconde a nuestra vista; así también, cuanto más alto subía el cuerpo de Cristo, tanto más se nos ocultaba, no siendo capaces de acompañarle nuestros débiles ojos por lo largo de la distancia. Por esto se presentaron los ángeles enseñándoles la subida al cielo, para que no creyesen que subió “como hacia el cielo” cual Elías, sino que subió realmente al cielo; por esto dicen: *El que se ha elevado de entre vosotros al cielo*. Porque no añadió esto sin ningún sentido. En efecto; Elías fue arrebatado como hacia el cielo, pues era siervo; pero Jesús al cielo, pues era Señor; aquel en carro de fuego, este en una nube.

Porque cuando convenía llamar al siervo, se enviaba por él un carro; mas cuando al Hijo, el mismo trono real; y no un trono real como quiera, sino el mismo trono de su Padre. Pues del Padre dice Isaías: *He aquí que el Señor está sentado en una nube ligera* (Is. 19, 1). Sentándose, pues, en una nube el Padre, también al Hijo le envió, por esta razón, una nube. Mas Elías, al subir envió una piel de oveja sobre Eliseo; pero Jesús, al subir envió sobre sus discípulos, tales gracias, que hacen, no ya un profeta Eliseo, sino innumerables Eliseos; y lo que es más, mucho mayores y más ilustres que aquel.

IX

Levantémonos, pues, amados hijos y miremos a aquella nueva venida. Porque dice San Pablo: *El Señor mismo bajará de los cielos con imperio a la voz del arcángel; y nosotros, los vivientes, los que quedamos aún, seremos arrebatados en las nubes al aire al encuentro del Señor*, mas no todos (1 Tes. 4, 15-16). En efecto, que no todos hemos de ser arrebatados, sino que los unos quedarán abajo, y serán arrebatados los otros; oye como lo dice Cristo: *Entonces se hallarán dos mujeres moliendo en un molino: la una será escogida, la otra será dejada; y habrá dos en un lecho: el uno será escogido y el otro dejado* (Mt. 24, 40-41). ¿Qué quiere decir este enigma? ¿Qué quiere decir este misterio inefable? Por la piedra de molino nos significó a todos los que viven en pobreza y miseria, y por el lecho y descanso nos dio a entender a todos los que viven en riquezas y honores. Y queriéndonos mostrar que también entre los pobres unos se salvan y otros se pierden, dijo que de dos mujeres que muelen en una piedra, la una sería escogida y la otra dejada; y de los que están en un lecho, el uno escogido y el otro abandonado. Claro está que los pecadores serán los dejados para que aguarden el castigo, y los justos los arrebatados en las nubes. Porque así como: cuando entra un rey en la ciudad, todos los que están constituidos en cargos y dignidades y tienen con él mucha confianza, salen delante de la ciudad a su encuentro, pero a los reos y criminales se los guarda dentro para que esperen la sentencia del rey; así también, cuando se presente el Señor, los que tengan confianza con él le saldrán al encuentro en los aire, pero los reos y los que tengan conciencia de muchos pecados esperarán aquí a su juez. Entonces seremos arrebatados también nosotros; no he dicho “nosotros” porque me cuente en el número de los que serán arrebatados; no

soy tan insensato y necio que desconozca mis propias culpas. Porque si no quisiera perturbar el regocijo de la presente fiesta, lloraría amargamente al recordar estas palabras, por acordarme de mis propios pecados. Pero porque no quiero confundir la alegría de la solemnidad presente, aquí terminaré el discurso, dejándoos reciente la memoria de aquel día, para que ni el rico se alegre en sus riquezas, ni el pobre se lamente en su pobreza, sino que cada uno haga, ya esta, ya aquella obra, como se lo dicte la conciencia. Porque ni el rico es feliz, ni el pobre es desdichado, sino que quien sea digno de ser aquel día arrebatado en las nubes es feliz, y mil veces feliz, aunque sea el más pobre de todos, como, al revés, el que entonces cayere es lamentable y desgraciado mil veces, aunque sea el más afortunado. No lo digo sino para que los que estemos envueltos en pecados nos lloremos a nosotros mismos, y los que viven en buenas obras esfuercen todos su confianza, mejor dicho, no sólo confíen, sino que también se aseguren, como también los anteriores, no sólo lloren, sino que se conviertan. Que bien puede el que está en pecado, pospuesta la maldad, volver a la virtud y llegar a ser igual a los que desde un principio vivieron bien. Esforcémonos pues, a esto también nosotros; y los que tienen conciencia de ser virtuosos, permanezcan en la piedad, aumentando siempre esta hermosa posesión y añadiendo más y más a la primera seguridad; pero los que no tenemos tal seguridad, sino conciencia de muchos pecados, convirtámonos, para que, llegando a la seguridad de ellos, todos juntos recibamos unánimes con el debido honor al Rey de los ángeles, y gocemos de aquella bienaventurada dicha en Cristo Jesús Señor nuestro.

Editado por **Manuel Arnaldos**, ed. **EJC**, **Molina de Segura 2025**
ver más autores y libros aquí

Act: 01/09/2025 @escritores de iglesia +ENCICLOPEDIA MERCABA, MURCIA